

PIMPINELA HERMANOS

La verdadera historia



LUCÍA GALÁN Y JOAQUÍN GALÁN

 Planeta

LUCÍA GALÁN
JOAQUÍN GALÁN

Pimpinela. Hermanos

La verdadera historia

Dedicatorias

Pudimos escribir este libro gracias a tantas y tantas personas con las que nos hemos cruzado a lo largo de nuestra vida, algunas nos han dañado, pero nos enseñaron a ser más fuertes, otras, pasaron fugazmente, pero aprendimos que también tenían algo para dejarnos. Pero el amor incondicional, el verdadero, el perdurable, lo hemos recibido, primero, de nuestros queridos padres, Joaquín y Engracia, y en este hermoso camino de aprendizajes, hemos aprendido a amar a nuestros grandes compañeros de vida, y sobre todo, a la obra más maravillosa, nuestros amados hijos, Rocío y Francisco.

Este libro es para todos ellos, nuestros amigos, nuestros amores, nuestros hijos, nuestra familia, nuestra gente querida y en especial, para un ser de Luz que partió hace poco y nos dejó la mayor enseñanza, que todo se puede lograr simplemente, con una sonrisa..., para vos Negrito..., ya sos nuestro Ángel Guardián hasta que volvamos a vernos.

LUCÍA Y JOAQUÍN

1

(*Lucía*)

Dice mi pasaporte que me llamo María Graciela Galán Cuervo.

Me lo recuerdan en los aeropuertos y en los hoteles cada vez que viajo por el mundo gracias a la música.

El resto del tiempo, casi todos me conocen como Lucía.

¿Cómo fue que cambié mi nombre y por qué lo hice? La respuesta a esa pregunta hay que buscarla en el pasado. Más precisamente, cuando daba mis primeros pasos como cantante.

Cierro los ojos y me remonto, como si estuviera ahí, a esos primeros tiempos.

Estábamos con mi hermano Joaquín en España, donde pasábamos buena parte de cada año. Allí, a diferencia de lo que sucede en la Argentina, Graciela no es un nombre demasiado habitual. Menos aún para una cantante con aspiraciones de popularidad, como lo era yo en aquel

entonces. Una noche, alguien me consultó si alguna vez había pensado en cambiarlo por uno que fuera más fácil de recordar para el público español. Debo confesar que nunca, hasta ese momento, había contemplado tal posibilidad. Sin embargo, la respuesta brotó de mis labios inmediatamente:

—Lucía —dije—. Quiero llamarme Lucía.

También debo confesar que aquel no fue un nombre escogido al azar. Siempre, desde chica, me había gustado mucho la canción *Lucía*, una de las más hermosas escritas por Serrat. Es más, no solo me gustaba sino que además sentía mucha envidia de esa persona a la cual le hablaba Joan Manuel. Después de todo, ¿qué mujer no querría ser, al menos alguna vez, la destinataria de semejantes palabras de amor?

*Vuela esta canción para ti, Lucía
la más bella historia de amor que tuve y tendré.
Es una carta de amor que se lleva el viento
pintada en mi voz
a ninguna parte, a ningún buzón.*

*

Años después de aquello, conocí a Joan Manuel y le comenté:

—Me llamo Lucía por tu canción.

—Ah, sí. Es el primer bebé que se ha bautizado solo —me contestó.

Aquel cambio de nombre también bautizó, de alguna

manera, a la artista que nació en mí a principios de los años 80 en tierras españolas. Desde entonces soy Lucía Galán, una de las mitades de Pimpinela.

Nuestra carrera, como la de tantos artistas populares, se desarrolló a la vista de todos: crecimos en público, sumando emociones y aventuras inolvidables. Nuestros admiradores saben mucho sobre nosotros como artistas. Treinta y cinco años después de nuestro inicio, creo que llegó el momento de compartir otros aspectos menos conocidos por la gente. Es decir, la otra parte de mi vida: la personal.

Al momento de escribir este libro, mi esperanza es que la travesía de asomarse a nuestra historia a través de la lectura pueda servirles a otros para enriquecer la suya propia.

Para eso, es importante saber de dónde vengo.

Lo primero que quiero decir es que todo mi ser es una consecuencia directa del amor de mis padres. Ellos fueron la base sobre la que se construyó mi vida. Su influencia, tan importante para mí, explica muchas cosas; entre ellas, la relación tan estrecha que tengo con mi hermano. También las razones por las cuales escogimos la música y gran parte de las experiencias que me tocó vivir.

Comencemos por el principio.

Nuestros padres, Joaquín y María Engracia, españoles. Papá nació en la provincia de Asturias, al norte de la península ibérica, en un pueblito llamado La Busta-

riega que está elevado a unos mil doscientos metros de altura. En la base, al nivel del mar, está la ciudad de Pola de Somiedo. Cuando mi papá vivía allí, el pueblo tenía apenas veinte casas y solo se podía subir a caballo. Más adelante, con el tiempo, sus habitantes fueron ganándole un poco de terreno a la montaña y algunas cosas fueron cambiando. Tal vez la novedad más trascendental fue la aparición de un jeep, cuyo conductor era el dueño del almacén de La Riera, otro de los pueblos cercanos. Su rutina consistía en ascender la montaña con ese vehículo y hacer las paradas correspondientes repartiendo comida. Aquel jeep recorría cada uno de los pueblos hasta alcanzar el más alto de todos. Así creció mi padre, prácticamente aislado en una de esas veinte casas en la altura de Asturias, asistido por una despensa ambulante.

Mi abuela Amalia, es decir su mamá, tenía cierta vida social. Coincidió cada tanto en Teverga —un valle cercano que limita con Somiedo y con la ciudad de León— con su amiga Leónides, mi abuela materna, que vivía precisamente en León. Este dato, como verán a continuación, no es para nada menor.

Porque después de la Guerra Civil española, cuando tuvo edad para sumarse, mi papá se alistó en la «mili», el servicio militar. Mi abuela paterna le aconsejó abandonar La Bustariega para instalarse en casa de Leónides. Mi abuela tenía sus razones para enviar a su hijo a otra ciudad: León, al ser parte de Castilla, era considerada una zona neutral, que no padecía la «grieta» que sufrió

el país después de la guerra. «Vete a la casa de ellos y quédate ahí», le ordenó entonces mi abuela a mi padre. Mi padre le hizo caso.

Leónides tenía cuatro hijos, dos mujeres y dos varones. Una de esas mujeres era María Engracia, quien terminaría siendo mi madre. En esa época ella vivía en León con mis abuelos y sus hermanos, mientras trabajaba de modista para casas de costura de Madrid y Barcelona.

El primer contacto de los Galán con la Argentina fue a través de mi tío Francisco, el hermano mayor de mi papá. Lo curioso, sobre todo teniendo en cuenta lo que pasó después, es que fue absolutamente casual y a partir de una situación inesperada. Francisco vivía en La Bustariega con el resto de la familia y colaboraba con las tareas diarias arriando vacas. Un día cualquiera, cuando mi tío tenía apenas quince años, mi abuelo lo descubrió fumando en el monte y se desató una discusión doméstica.

—Si soy grande para arriar las vacas y estar toda la madrugada en el monte, ¿por qué no soy grande para fumar? —argumentó Francisco.

Aquella situación terminó siendo más grave de lo que podría imaginarse. De hecho, el enojo de mi tío llegó a un extremo tal que modificó su futuro y el de todos a su alrededor. Básicamente porque tras aquella pelea con mi abuelo, resolvió abandonar el pueblo de veinte casas para viajar a la Argentina.

La elección del destino no fue para nada casual. Aunque en aquellos años se sabía poco y nada sobre cualquier

cosa que sucediera fuera de España, mi tío se decidió por la Argentina porque se trataba del país en el que se habían exiliado sus padrinos. Ellos eran españoles, habían viajado a Buenos Aires unos años atrás, y aceptaron recibirlo. Cuando llegó la respuesta que había estado aguardando, no dudó en reunir sus cosas y lanzarse a la aventura. Así fue que, a mediados de los años 40, Francisco se convirtió en el primero de la familia en partir de La Bustariega para subirse a un barco y empezar de cero a miles de kilómetros de su hogar.

Sus primeros años en la Argentina fueron, como les sucedió a tantos inmigrantes españoles que desembarcaron en el puerto de Buenos Aires, realmente duros. Los atravesó trabajando de sol a sol, durmiendo en los sótanos de los restaurantes donde lavaba copas, juntando dinero centavo a centavo. Tenía un objetivo claro y estaba dispuesto a hacer lo imposible para alcanzarlo: reunir la mayor cantidad de dinero posible para ayudar a sus hermanos a sumarse a él en estas lejanas tierras argentinas y así volver a unir sus vidas.

Sin embargo, mi papá demoró unos años más en subirse al barco que lo traería a la Argentina. Siempre pienso en lo difícil que deber ser para cualquiera verse en la obligación de abandonar su propio país. Evidentemente, la vida en La Bustariega no ofrecía ninguna perspectiva para su futuro. Sin duda, el hecho de recibir las numerosas cartas de su hermano Francisco influyó en su decisión de exiliarse en una patria desconocida.

Mi padre era un hombre abierto, incluso diría que tenía un espíritu aventurero, y también una personalidad que contrastaba con la vida que llevaba en Asturias. Allí tenía una existencia tranquila, definitivamente precaria, en la que la única diversión consistía en encerrarse en la cantina del pueblo a jugar a las cartas y tomar unas cuantas copas. Claro que solo podían hacerlo si el clima estaba de su lado. Si eso no sucedía —por ejemplo cuando nevaba—, los habitantes de La Bustariega quedaban aislados del resto de los pueblos durante semanas enteras; ni siquiera podían subir los caballos, menos todavía los coches de aquella época.

Finalmente se decidió a viajar en 1948 y desembarcó solo, aunque lo acompañaba una esperanza secreta: convencer a María Engracia, mi mamá, de hacer lo mismo que él para concretar en la Argentina el noviazgo que habían iniciado por carta. En estos tiempos en los que nos comunicamos de todas las maneras posibles y al instante, me gusta fantasear qué se dirían entre ellos, cada uno del otro lado del océano, en aquellos intercambios epistolares que duraron nada menos que cuatro años. ¡Cuatro años de novios por carta! Cuando imagino qué cosas se dirían, siempre pienso en las descripciones que le haría él sobre su nuevo país, exagerando detalles, garantizándole un futuro próspero.

Como sea, sus estrategias de seducción le dieron resultado. Porque fue así, a través del correo internacional, que él le ofreció casamiento de manera formal.

También me gusta imaginar la ansiedad que sentiría mi padre esperando la respuesta de mamá. En aquel entonces las cartas demoraban al menos un mes en llegar a destino, si es que lo hacían. Por lo tanto, la respuesta demoraba normalmente un mes más. Mi madre, no tengo dudas, debió confiar ciegamente en mi papá. Porque si bien él tenía en la Argentina a sus hermanos —y eso era importante porque implicaba cierta contención familiar— la vida de ella en León no era para nada despreciable. Estaba en la capital de Castilla, tenía una posición económica de clase media, un trabajo fantástico como modista, viajaba constantemente, era linda...

Así y todo, a principios de julio de 1952, a sus veintinueve años, Mamá dejó a su familia, a sus padres y hermanos, para embarcarse rumbo a la Argentina y casarse en Buenos Aires con mi padre.

Cuánto valor.

Me cuesta pensar que en la actualidad existan personas con ese coraje.

Cuando relata cómo fue ese viaje, Mamá siempre cuenta una escena que me resulta impactante. El día que llegaba a Buenos Aires, 26 de julio de 1952, por los altoparlantes del barco se escuchó un mensaje que, según las reacciones que percibió a su alrededor, ella asimiló como importante. «Informamos que acaba de fallecer la señora María Eva Duarte de Perón», anunció gravemente la voz del capitán.

Mis padres firmaron sus nupcias en 1953. Vi las fotos de la ceremonia cientos de veces. Cada vez que lo hago,

me llama la atención el mismo detalle: en lugar de casarse con un vestido blanco, prefirió vestirse con un traje; más exactamente, un *tailleur* negro. Mamá cosía a la perfección. Por lo tanto, contaba con todos los elementos necesarios como para tener un vestido a medida en su propia boda.

De allí en más, en los casamientos que hubo en la familia ella se encargó de hacer tanto el vestido de la novia como los del resto de las mujeres.

Siempre me llamó la atención, al ver las fotos del casamiento de nuestros padres, por qué ella eligió hacerlo de negro, nunca se lo pregunté...

Mi papá era una persona extremadamente alegre y divertida. «El alma de las fiestas», como se decía antes. Armaba su propia gaita —que todavía conservo— con varias maderitas y el fuelle. También se conseguía él mismo la tela y el fleco para adornarla. Cuando íbamos a las fiestas de la comunidad asturiana en aquellos salones repletos de gente, solía hacer una entrada triunfal con su instrumento casero. Se apuntaba en todos los concursos habidos y por haber, le gustaba ir al Centro Asturiano de Buenos Aires a cantar y tocar la gaita. Porque también cantaba.

Mi padre tenía una gran voz.

Las asturianadas son piezas típicas regionales muy difíciles de interpretar. Las vocales duran unos segundos mientras suben y bajan las notas que se alargan hasta que termina la frase. Tienen una cadencia distinta

que desmenuza —y estira— cada palabra. El requisito más importante para cantar asturianadas es tener una enorme capacidad de aire y una voz potente. Suelen ser tristes y melancólicas. Pero también cantaba canciones alegres, como las vaqueiras y las jotás. Las había aprendido en el monte, de tanto escucharlas en las voces de los hombres de campo mientras arriaban las vacas y las ovejas. Supongo que el hecho de haber nacido allí — en consecuencia de haber mamado todo eso desde tan pequeño— lo marcó mucho.

Mi hermano y yo absorbimos esas músicas en nuestra infancia, porque aquellas eran las melodías que escuchábamos en casa: fueron la banda sonora de nuestra película familiar. En las reuniones familiares, cuando se juntaban cuarenta o cincuenta parientes, siempre se terminaba cantando.

Mi padre lo encaraba todo con felicidad, energía y entusiasmo. Aunque esa imagen positiva que proyectaba no siempre se relacionaba con su estado real.

A decir verdad, mi papá no era precisamente de la manera en que se presentaba ante la gente.

Esto fue, a lo largo de nuestras vidas, un tema central que nos afectó mucho.

Para decirlo sin rodeos: mi padre era alcohólico.

Cuando resolvimos escribir este libro, con mi hermano tomamos una decisión: si nos decidimos a contar esta historia —que nunca compartimos con nadie— es porque creemos que al hacerlo quizá podamos ayudar a mucha gente.

No quiero decir con esto que sea una cuestión sencilla de abordar; es, más bien, todo lo contrario: nos resulta difícil y doloroso. Sin embargo, creemos que vale la pena hacer el esfuerzo de relatar algunas de las cosas por las que pasamos, sobre todo cuando pensamos en aquellos que tal vez están pasando por algo similar. Más allá de lo que nos haya tocado vivir de pequeños, cada uno de nosotros es el único responsable de su destino. Creemos fervientemente que tu vida es tuya, que estará marcada por tus propias decisiones y que todo casi siempre se resuelve, si la familia se mantiene unida ante lo que venga.

Depende exclusivamente de uno en qué clase de persona podrás convertirte. Por lo tanto, no tiene demasiado sentido echar culpas ni acusar a nadie. «Porque mi mamá, porque mi papá, porque...»

Nada de eso.

Mi hermano y yo damos fe de que, al momento de tomar el control de tu vida, cada uno es el único responsable de las decisiones que toma.

No hace muchos años, tuvimos una charla con mi mamá en relación con este tema. Fuimos a comer los tres a un restaurante y con Joaquín empezamos a preguntarle por qué ella había permitido algunas cosas.

Le dijimos:

—¿Pero no te dabas cuenta de que Papá era alcohólico? Viajaste doce mil kilómetros para casarte con una persona que...

—Nunca llegué a saber que era alcohólico —nos respondió Mamá—. Es más, un día le pregunté: «Joaquín, ¿pero cómo no te he visto tomar tanto en España?» Su respuesta fue: «Porque allí no tenía dinero para comprar bebidas».

Creo que comencé a entender a Papá a mis trece años, cuando visité su pueblo por primera vez. En uno de los tantos viajes que hicimos a España durante nuestra infancia, nos llevaron a La Bustariega para conocer el lugar en el que había crecido. Allí me enteré de que cuando era chico, mi padre había vivido algo similar a lo que sufrimos Joaquín y yo: en su infancia a él también le tocó tener que ir a buscar a su padre a la cantina y encontrarlo completamente alcoholizado.

Comencé a entenderlo en ese viaje, aunque tardé mucho tiempo más en asimilarlo. Entre otras cosas porque vivir con él no fue nada fácil.

A partir de cierto momento empecé a hacer terapia y tuve un analista, Roberto Harari, que pasó a ser algo así como el guía de mi vida adulta. Me analicé con él durante muchos años, en distintas etapas, con varias interrupciones. Lógicamente, el tema de la enfermedad de mi padre fue una constante. Un día, Roberto me preguntó algo en lo que yo no había reparado y luego me dijo:

—Bueno, su padre evidentemente es un gran depresivo.

¿¡Qué!? ¿¡Cómo!?

Apenas escuché esa frase me quedé mirándolo en si-

lencio. Es más, la primera reacción que tuve fue pensar: «¿Está loco? ¿Qué está diciendo este tipo? Es un imbécil. No conoce a mi papá. No sabe cómo anima las fiestas ni cómo atiende a todo el mundo ni lo simpático que es».

En todo caso, la imagen que yo tenía no se parecía en nada a la de alguien depresivo. Le encantaba cocinar; muchos domingos, mientras estábamos todos durmiendo, él se levantaba temprano para ponerse a hacer pollo al ajillo, que era su plato preferido. Era un hombre muy carismático y trabajador que daba todo por su familia, especialmente por sus hijos. Al mismo tiempo era un gran bebedor social que nunca pudo o supo luchar contra eso que le pasaba. Eso es algo que vi desde que tuve uso de razón. Sin embargo, nunca había relacionado esa conducta con la depresión hasta aquel comentario de mi terapeuta.

Cuando pienso en mi infancia me reconozco a mí misma como una chica muy inquieta y alegre. Mis primeros recuerdos se remontan a cuando tenía dos o tres años y vivíamos en Buenos Aires, en el barrio de Villa Urquiza. Delante nuestro estaba doña Francisca, que tenía a su propia familia aunque para nosotros fue una especie de abuela postiza y una gran compañía para mi mamá. Era una italiana que nos curaba el empacho con hojas de parra y cosas rarísimas; nos sacaba todos los males que teníamos con esos métodos de antes que hoy casi no se practican. La casa de Urquiza era muy pequeña y nosotros éramos muchos, porque además de nuestros

padres, Joaquín y yo, estaban mi tía Concepción, que era hermana de papá, mi tío Constante y también Alicia, que siempre fue mi prima más cercana y ahora vive en Oviedo. ¡Sí, todos bajo el mismo techo! Fue así hasta que en un momento ellos compraron una casa en Lanús y se mudaron.

Si nuestra casa de Villa Urquiza era como una sucursal de España en Buenos Aires, el Centro Asturiano era directamente la embajada: tuvimos el carnet de socios antes que el documento de identidad. Ese lugar era el punto de encuentro preferido de Papá, el espacio que más amaba, donde se encontraba con sus amigos que venían de Asturias. Todo el tiempo venía gente que si no era de Oviedo era de Gijón, de Grado, de Navia o de Avilés. Daba más o menos lo mismo, porque estaban muy cerca entre ellos y casi todos compartían sus costumbres. El Centro Asturiano era la referencia natural en la Argentina para los inmigrantes de esa región, que buscaban en este país rastros de su propia cultura.

También íbamos al Centro Siero y Noreña, al Centro Leonés y al Centro Lucense, de Galicia. Con mi hermano nos criamos rodeados de españoles por todas partes, una realidad que nos influyó mucho: siempre, desde pequeños, hablamos una especie de argentino neutro. Sumado al acento castizo de Mamá, más de una vez nos preguntaron de dónde éramos porque no tenemos incorporados demasiados términos locales. La música que se escuchaba en nuestra casa era desde el himno de Asturias hasta pasodobles, jotas y flamenco. Se nos pegaba tanto que cuan-

do viajábamos a España por temporadas más o menos largas yo terminaba hablando como una española más.

En las fiestas del Centro Asturiano siempre llegaba el momento en que todos se ponían a cantar. Cuando la alegría estaba en su punto máximo, yo me subía sola a alguna mesa para bailar flamenco. Mi hermano también participaba pero lo hacía desde un rincón: le gustaba cantar pero se tapaba la boca con la mano para que no lo vieran. Joaquín de chico era tímido, introvertido.

En aquellas celebraciones Mamá veía cómo cantábamos, bailábamos y nos divertíamos, pero no parecía estar pasándolo bien. De pequeña, una de mis sensaciones era que ella estaba demasiado atenta a lo que hacía Papá. De alguna manera, parecía transcurrir esos momentos vigilando su comportamiento, observando de cerca en qué derivaría tanto festejo. No estoy segura de haber sido muy consciente de estas cosas en su momento porque era muy chica. Sin llegar a detectarlo conscientemente, eran situaciones que veía y que quedaron grabadas en mi memoria.

Otra de mis sensaciones fuertes de aquellos años es que también percibía el dejo de melancolía que tenía mi padre en su mirada cuando la fiesta se había terminado. ¿Sería porque se obligaba a no beber tanto cuando estábamos presentes nosotros? Cómo saberlo. ¿Habrán sido esos ojos tristes señales claras de una depresión que nunca supimos que tenía? Eso empecé a pensar a partir de aquel comentario de mi analista.

Con el correr de los años, esta situación fue haciéndose cada vez más complicada.

El estado de ánimo de mi familia dependía de dos escenarios completamente opuestos. Uno de ellos era cuando Papá terminaba su trabajo en el restaurante y venía directamente para casa. En ese caso todo estaría bien, porque en casa no tomaba jamás. Entonces, si él llegaba a la hora que tenía que hacerlo, la alegría se contagiaba en todos nosotros y éramos una familia feliz.

Los problemas aparecían cuando sucedía lo contrario.

Si tardaba cinco o diez minutos más de la hora señalada, eso nos anticipaba que se había quedado tomando y la casa se veía invadida por un desasosiego total. Apenas cinco o diez minutos de demora nos bastaban para saber qué podía suceder esa noche. No se nos ocurría pensar que podía haberle pasado algo, tampoco que tardaba porque se había complicado el trabajo. Simplemente nos mirábamos entre nosotros, sabiendo que lo peor estaba por venir.

En mi caso, generalmente empezaba a sentir taquicardia porque todo dependía del estado en que llegara.

Si resolvía no volver a casa, Papá solía encontrarse con sus amigos por Avenida de Mayo, en lugares como El Cortijo, Los 36 Billares o El Imparcial. Lo habitual era que terminase la noche en la barra del bar, tomando whisky y cantando asturianadas. Dependiendo de lo que hubiera tomado, llegaba a casa con ganas de dormir o con ganas de discutir. Mi padre nunca fue violento físicamente ha-

blando, pero generaba situaciones de muchísima tensión con sus reproches y provocaciones, hasta que nos levantábamos para tratar de calmar las aguas. Con mi hermano escuchábamos todo cada vez que él volvía tarde y decidía que todavía no era hora de acostarse, sino de enfrentar a Mamá, que trataba de contenerlo.

Ese tipo de situaciones podían derivar en muchas cosas. Una de ellas era que yo terminaba durmiendo en la casa del portero y su mujer —ya nos habíamos mudado a un departamento—. Otras veces, Joaquín y yo nos quedábamos acostados, esperando que se fuera a dormir de una vez para tratar de tranquilizarnos. Y cuando tardaba demasiado, también podía pasar que Mamá nos despertara a las tres o cuatro de la mañana para ir a buscarlo por los bares de Avenida de Mayo.

En esa misma comida que Joaquín y yo tuvimos con ella mucho tiempo después, le preguntamos por qué nos había involucrado en esas situaciones que tanto nos torturaban en lugar de dejarnos durmiendo. Ella nos dijo:

—Siempre tuve miedo de que vuestro padre se cayera, se golpeará o le pasara algo. ¿Y cómo iba a dejarlos solos en casa siendo tan pequeños?